



El camino interior Una plática con Elsa Cross

José Quezada

POETA, TRADUCTORA Y ensayista, catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte, galardonada con los premios Aguascalientes, Xavier Villaurrutia y Roger Caillois, Elsa Cross es uno de los hitos de la poesía mexicana y latinoamericana de la actualidad. Su poesía, de una profunda inquietud espiritual, retoma el mito y se entreteje con otras culturas. Entre su obra destacan: Canto malabar, El diván de Antár, Jaguar y Bomarzo.

Su primer acercamiento a la literatura fue gracias a su padre, ¿cómo fue esta experiencia?

En la casa siempre hubo libros, y no recuerdo un momento específico de un “primer acercamiento” a la literatura. Era algo que estaba allí, como la música y la pintura. Los libros me atraían mucho y yo leí bastante en la niñez y la adolescencia. A mi padre tengo que agradecerle haber sido sumamente sensible a mis necesidades y haber puesto a mi alcance en el momento preciso muchas cosas que me fueron importantes, lecturas y música, lo mismo que natación y viajes. Lo que sí recuerdo es cuándo empecé a escribir.

Sus primeros pasos en la poesía fueron de la mano de Juan José Arreola, ¿cómo sucedió esto?

Gracias a un novio que tenía, llegué casi accidentalmente a un grupo que se llamaba “Cafés literarios de la juventud”, donde estaban José Agustín, Alejandro Aura, Andrés González Pagés y otros amigos que asistían al taller de Arreola, y me invitaron a ir. Para mí fue fundamental porque Arreola era un maestro estupendo, y al estar en el taller me di cuenta de que la escritura era a lo que quería dedicarme. Estaba todavía en preparatoria, en una escuela de monjas. Empezaba a escribir algunas cosas, y las observaciones de Arreola, no sólo a mis textos sino a todos los otros textos que se presentaban en el taller, eran sumamente iluminadoras. Lo mismo los libros que nos sugería leer. Fue invaluable leer entonces, por ejemplo, cosas de Rilke y Mallarmé, así como de López Velarde.

¿Cuáles fueron sus influencias tempranas?

Algo que me marcó mucho fueron textos y temas clásicos. Sabía de memoria pasajes de Homero a los doce o trece años. Poco después descubrí a Neruda, García Lorca y Juan Ramón Jiménez, pero creo que me fue más cercana la poesía de Elytis y Seferis, así como de Ungaretti y Pavese. *Piedra de sol* es un poema que leía mucho cuando estaba en preparatoria; lo tenía en unas hojas mimeografiadas que habían repartido en la Casa del Lago, cuando había esas sesiones espléndidas de *Poesía en voz alta*, que dirigía José Luis Ibáñez. Esto en términos de poesía, pero creo que uno tiene influencias de muchas cosas. Para mí fueron importantes también algunas lecturas de narrativa y ensayo, así como haber viajado, ir a conciertos y escuchar mucha música, conversar con algunos amigos.

¿Qué libros integran su canon personal?

Es muy cambiante. En cada época he tenido necesidades y preferencias distintas. Cuando me fui a la India (fue una estadía larga, de dos años) no me llevé ningún libro. Estaba harta de libros y papeles, y quería otra cosa. Fue extraordinaria la experiencia de



Elsa Cross. Fotografía: Ediciones Era

todos los trabajos físicos que hacía allí, desde lavar estatuas hasta hacer jardinería. Pero después de un tiempo, recuerdo que mandé pedir dos libros que me hicieron falta: la poesía de San Juan de la Cruz y un pequeño volumen de Saint-John Perse. A pesar de todo, en poco tiempo estuve otra vez, aun allá, en un escritorio y llena de papeles, aunque podía seguir en el jardín o lavando platos y picando verduras. Fue allí donde empecé a estudiar algo de filosofía de la India, y lamenté no haberlo hecho antes, pues era ya tarde para hacer estudios especializados.

Pero ¿qué libros serían fundamentales, con los que configuró y sigue configurando su poesía y su filosofía, y de qué manera están presentes en su obra?

Lo que ha sido realmente fundamental para mí, más que las lecturas ha sido la experiencia personal. Las lecturas son, desde luego, muy importantes, sobre todo en etapas formativas, pero no son las lecturas lo que hace a un poeta. Al menos no en mi caso. Me han podido ayudar a encontrar mi propia voz; pero los temas, la substancia de los poemas, el propio mundo poético no tiene para mí como materia prima la literatura, sino la vida. Sin embargo, se me ocurre mencionar un libro que aprecio mucho y del que surgió, en gran medida, uno de mis libros de poemas, *Los sueños*, y son los *Diálogos con Leucó* de Cesare Pavese, que contiene una sabiduría extraordinaria. Pavese lo

consideraba como su legado; cuando se suicidó dejó allí un ejemplar de ese libro, que llevaba consigo.

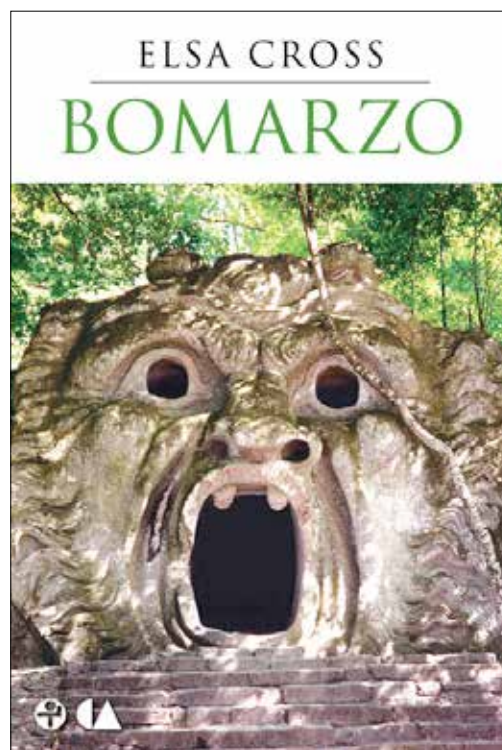
¿Cómo fue su experiencia al acercarse al gurú Muktananda de Ganéshpuri?

Cuando llegué a Ganéshpuri y vi a Swami Muktananda, sentí que lo conocía desde siempre. Al acercarme a él quedé literalmente deslumbrada, como si hubiera estado viendo el sol mucho rato; fue como entrar en otro espacio, y yo sentí que entraba en mí una energía que me rebasó. Era como estar en una hoguera de una dulzura exquisita. Tardé varios días en aterrizar un poco. Esa fue la experiencia inmediata, pero tener en la propia vida a un verdadero maestro espiritual es algo que llena cada instante. No hay palabras para describir lo que esto significa. Unos meses antes de viajar a Ganéshpuri había escrito un poema que se llama “Mantra” y es el final de mi libro *Baniano*, y lo que el poema describe es lo que representó el encuentro con mi maestro, aun antes de verlo físicamente; y es increíble que paisajes que describía el poema los fui a encontrar en Ganéshpuri después. Cuando empecé a meditar tuve una experiencia interna muy poderosa de lo que es un verdadero maestro, que es un ser totalmente iluminado.

No recuerdo en dónde leí que después de una larga meditación usted observó un mar de plata y conoció la felicidad, ¿me contaría esa experiencia?

Yo no recuerdo tampoco en dónde hablaba de eso, tal vez en alguna entrevista. Eso fue parte de mi experiencia de lo que, en el camino que sigo, se llama *shaktipat*, que es el despertar de la energía interior. Eso ocurrió al día siguiente de que fui por primera vez a un centro de meditación, del que salí furiosa, porque no entendí de qué se trataba todo. Creo que era un

choque cultural muy fuerte. Pero al día siguiente, en una pausa que tomé para descansar de la escritura de mi tesis, recordé el centro y sobre todo una foto de Swami Muktananda que me había impactado muchísimo. Y le dije mentalmente: “No sé quién eres, pero quiero recibir lo que tú tienes que dar.” En cuestión de minutos estaba envuelta en un éxtasis que nunca había sentido. Había una energía que fluía por todo mi cuerpo. De pronto sentí que algo se rompía, casi audiblemente, en mi entrecejo y comencé a percibir un aroma exquisito. Luego escuché algo en sánscrito (luego supe que era un mantra) y finalmente se abrió, por unos segundos, esa visión espléndida de un mar de plata que rodeaba una ciudad de oro. Tenían una luz sobrenatural, que nunca he visto en ningún otro objeto de la realidad ni del sueño. Simultáneamente, tuve la certeza de que





Muktananda era mi maestro, y cuando estuviera yo lista, me llevaría a lo que esa ciudad simbolizaba. Esto fue en agosto de 1976 y es algo que está vivo para mí todo el tiempo.

¿Cómo es que la poesía, la meditación y la filosofía se unen y complementan en su obra?

Confluyen en un espacio interior profundo. La poesía es el vehículo mediante el cual puedo expresar lo otro. No todos mis poemas hablan de la meditación, pero esa visión está allí, aun cuando hable de cosas que aparentemente no tienen nada que ver. En cuanto a la filosofía, lo que me sucede con la mayor parte de los filósofos occidentales es que pierdo definitivamente la paciencia al tratar de seguir especulaciones que no llevan a ningún lado, por brillantes que sean y aunque se trate de grandes nombres. Después de haberme acercado, aunque sea un poco, a sistemas tan completos como son algunas escuelas del shiváismo de Cachemira, son pocas las otras cosas que me resultan de verdadero interés. Académicamente, aparte de cursos introductorios al pensamiento de la

India, he derivado más hacia las religiones antiguas de Grecia y el mundo mediterráneo, lo que se llamó cultos místéricos.

La experiencia interior, sin etiquetas, al margen de filosofías, tradiciones o prácticas ¿cómo sucede en sí para usted?

La experiencia interior es al mismo tiempo experiencia exterior. Siento que uno crea su propio mundo a partir de lo que cultiva dentro de sí mismo. Lo que hay dentro de uno es infinitamente perfectible, y a medida que se depura la propia visión interior, uno percibe el mundo de una mejor manera y tiene más elementos para entender la realidad, porque ve un panorama más completo. Esa experiencia interior, en mi caso, ha tomado la forma de una presencia interior muy poderosa, la de mis propios maestros, que actúa como una guía, como una compañía, como un refugio. Me ha sostenido en medio de situaciones y pérdidas muy duras, por poner un ejemplo.

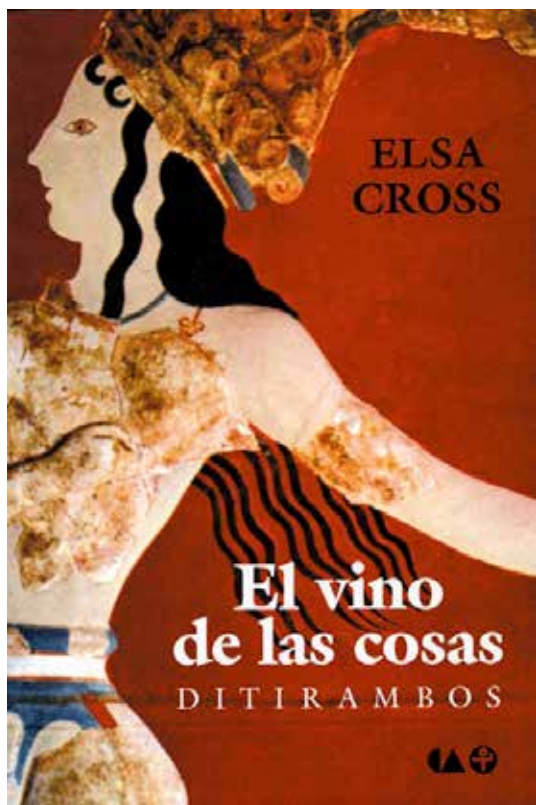
¿Cómo han influido en su obra lo inconsciente y lo onírico?

De una manera capital. Son fuentes muy poderosas de la poesía, para mí en particular lo son, pues me ha pasado que he empezado a escribir un libro, *Urracas*, a partir de un sueño. Y tengo un libro entero, *Cuaderno de Amorgós*, cuyos versos surgían en el sueño; los oía dormida y si podía despertarme y escribirlos de inmediato de esas frases seguía todo un poema; aunque muchas veces no me podía despertar y el poema se perdía. En mi obra ese substrato de la conciencia está siempre muy presente, aun bajo el riesgo de producir versos difusos. Para mí esos substratos son parte de la realidad, y la dotan de una gran riqueza. Son las fuentes de la poesía y el mito, así como de las experiencias más significativas que puede uno tener.

¿Le gustó Coronada de moscas, de Margo Glantz?, ¿qué piensa de su visión de la India?

No he podido terminar el libro; leí una buena parte y era muy simpático. Y aunque Margo advierte que es una primera impresión del país o algo así, lamento que no haya podido enterarse un poco más de ciertas cosas. Cuando dice, en un pie de foto de una imagen de la diosa Kali, que es “la diosa del mal”, parece ser que no tuvo más referencias que las películas de Indiana Jones. Unos amigos de Calcuta que vieron el libro estaban sumamente indignados, porque a Kali se le considera una diosa protectora. Se le representa con un aspecto terrible justamente porque es la destructora del mal, de la ignorancia y del sufrimiento.

Ha traducido a poetas como Saint-John Perse o Yves Bonnefoy, ¿cómo le ha ayudado a su escritura la traducción?



Enriquece muchísimo. Es una disciplina muy buena para todo poeta. Ayuda a afinar muchas percepciones, permite introducirse a otros mundos poéticos, a otras visiones del lenguaje; obliga a hacer uso o a inventar recursos expresivos distintos de los propios.

Me interesa mucho saber cómo empezó y cómo se fue dando el proyecto de traducir Inanna. Reina del cielo y de la tierra.

Yo conocí el poema del *Descenso de Inanna* desde 1973, en la versión de Sandars, que se llamaba *Viaje de Inanna a los infiernos*, y está en el volumen *Heaven and Hell in Ancient Mesopotamia*. Me produjo tal impacto que utilicé los primeros versos como epígrafe de mi poema *Pasaje de fuego*, que es también una experiencia de muerte y descenso y de ascenso y resurrección. Lo que más me impresionó fue cómo en el poema de Inanna se refleja un arquetipo muy poderoso, pues simbólicamente era lo que había yo vivido.

Tiempo después el Fondo de Cultura me envió para dictaminar la versión de Kramer y Wolkstein, que incluía muchos poemas más, aparte del *Descenso*, pues seguramente hubo un ciclo de poemas muy amplio sobre la diosa Inanna. Aunque mi dictamen fue muy entusiasta, el Fondo nunca decidió publicar el libro. Yo empecé de todas maneras a traducir los poemas, porque Inanna es un tema de uno de mis cursos en el posgrado de la UNAM, sobre algunos mitos y cultos antiguos de la diosa madre. Propuse después la publicación a Conaculta, y tuve que traducir también todo el aparato crítico, que es amplísimo y que fue el verdadero trabajo.

¿Qué consejos le daría a los principiantes, a los poetas jóvenes?

Que sean fieles a sí mismos, a la poesía, a su momento. Que desconfíen de las modas, pero estén atentos a lo que se está haciendo. Que no imiten a otros poetas sino que traten de encontrar su propia voz. Que manden al demonio lo que no les interese y no los enriquezca. Que busquen la poesía dentro de sí mismo, antes que en otros lados.